

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

EN EL MONTE.

El año de la guerra y del nublado.

Antes apareció rojo cometa
Y sobre España levantó su vuelo,
Y una noche sombría por el cielo
Le salió á contemplar la gente inquieta;
Y entónces anunció el vulgo-profeta
En confusion y vago desconsuelo
Calamidades tristes que vendrían....
Y los sabios entónces se reían.
¡Ay, pero yo jamás! Alcé la frente,
Y la terrible aparicion mirando,
En una piedra me senté llorando
Sin apartar los ojos del Oriente;
Y no olvidé la claridad hiriente
De aquel fantasma, aunque con rostro blando
Para borrar su imagen importuna,
Trás el cometa apareció la Luna.
Al año del augurio temeroso
Que tan triste os canté cuando nacia,
¿Le visteis ya? ¿No os dije que traia
El disco de su frente nebuloso?
¿No os dije que una noche, sin reposo,
Gimiendo por el año que moria
Sentí en mi corazon pavor extraño
Al asomar la luz del nuevo año?
¿No os dije que el espíritu invisible,
Que vuela con la sombra en el vacío,
Vaga en la noche, siempre en torno mio
Y habla á mi corazon en voz sensible?
¿No os dije que en su canto incomprensible

Para el alma sin fé del hombre impío
Escuché el porvenir infortunado
Del año de la guerra y del nublado?

Yo conozco el dolor. Constante lazo
Formado con el hilo de mi vida
Tiene conmigo, y siento su venida
Al recibirle con estrecho abrazo.
Yo le he dado pedazo por pedazo
El alma; y en sus marchas entendida
Si un paso hácia nosotros adelanta
Primero que el feliz, siento su planta.

¡Ay, por eso lloré cuando de enero
El sol primero lastimó mis ojos!
¡Otros alegres sus matices rojos
Tomaron por señal de buen agüero!
¡Ay de mi corazon que fué el primero
Para sentir del año los enojos,
Sufriendo ya el dolor anticipado
Del año de la guerra y del nublado.

Triste nube cubrió la primavera....
¿Las flores dónde están? ¡Flores perdidas!
Antes para mis ojos tan queridas
Tan olvidadas hoy en la pradera!
Ved si será mi pena verdadera
Que las huellan mis plantas homicidas
Y, con amarlas tanto, y ser tan bellas,
Morir las dejo sin dolerme de ellas.

Así tambien murieron mis venturas
Y no me duelo ya. ¿Qué de las flores?
Por las plantas, Emilio, nunca flores,
Llora por el dolor de las criaturas;
A las aves, que mueren, sepulturas
Abres con simulacros de dolores;
Ah! que del mundo el padecer no sabes
Cuando tambien te duelen por las aves!

¿No ves las nubes del oscuro cielo
Crecer y resonar? Alza los ojos.
¿No ves la Luna entre vapores rojos
Que nueva tempestad anuncia al suelo!

Llora, llora con grande desconsuelo
Del irritado Arcángel los enojos
Que á los pueblos, Emilio, ha condenado
Al año de la guerra y del nublado.

Por tu inocente boca habla á las gentes,
Ora habiten los campos, las ciudades,
Y diles que á las nuevas tempestades
Preparen ya los áquimos pacientes;
Diles que en las alturas eminentes
De las mas escondidas soledades
Huyan á conjurar el genio airado
Del año de la guerra y del nublado.

Vuela y al labrador de valle en valle
Gritale y al pastor: «¡Fluid la tormenta;
Que ni en la mies ni en la cabaña os halle
Del huracan la ráfaga violenta!
Que no aguardeis á que en el aire estalle
Ese ardiente vapor que se acrecienta;
Porque es mortal el fuego concentrado
Del año de la guerra y del nublado.»

Y torna hácia el altar donde recemos
La mas larga oracion que tu memoria
Conserve, Emilio, de la santa historia
Que de la propia madre ambos sabemos;
Y, ojalá que estos ruegos que elevemos
Los escuche el Señor desde la gloria;
Y salve á nuestro pueblo desgraciado
Del año de la guerra y del nublado.

CAROLINA CORONADO.

UNA MARTIR DESCONOCIDA,

ó

la hermosura por castigo.

CUENTO MORAL.

Maravilla del Oriente llamaban á la hija
del emperador Teodosio, la sin igual en her-
mosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lison-
gero título desde la casi infantil edad de treco

años. El apacible génio de la princesa, naci-
da como su padre en Itálica, el tierno atractivo
de su virginal semblante, la gallardía española
de su cuerpo, su entendimiento claro y su ho-
nesta vida sobre to lo, la atraian de cerca y léjos
adoradores rendidos, muchos en número y
eminentes en gerarquía, sin que ninguno re-
parase en un defecto gravísimo que debía os-
curecer no poco las relevantes gracias de la
augusta doncella. La hija del sucesor de Va-
lente, la hermana de Arcadio y Honorio, ído-
lo de la imperial familia, jamás había visto á
sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni
nada. Pulqueria, cuyos rasgados y hechice-
ros ojos envidiaban las mas gentiles damas de
Constantinopla, no veia con ellos: Pulque-
ria nació y había vivido ciega hasta la edad
juvenil; ciega oyó las cariñosas palabras de su
madre Flaccila, cuando la criaba á sus pechos;
ciega recibió la bendicion de aquella mger
santísima cuando la llamó el Señor á recibir
entre los ángeles el premio debido á sus altas
virtudes; ciega había escuchado los rendidos
y amorosos ruegos del príncipe Favencio que
pidió y obtuvo del padre y de la hija la pro-
messa de poderla llamar esposa en llegando la
jóven á contar quince abriles.

Feliz Pulqueria por su estado, mas feliz
por los dones corporales y del espíritu con
que la Providencia la había enriquecido, fe-
licísima por el amor que le tenían los suyos;
bienes tan superiores y tantos eran nada para
ella desde que entrada en la pubertad, y dando
oídos á la voz universal que la proclamaba
por la mas bella de las hermosas, nació en
su corazon el vanidoso y vehemente deseo
de ver para verse. Persuadida y con razón
de que su madre habitaba gloriosa la man-
sion de los bienaventurados, cada noche lo
dirigia una ardiente súplica para que le al-
canzase del Todopoderoso el don de la vista.
Aparecióse una noche á Pulqueria en sueños, ó
por mejor decir, figuróse Pulqueria una no-
che que se le ponía delante la feliz matrona,
cercada de resplandores vívidos, ceñida la sien
ya inmortal con la aureola de las esposas sin
mancilla, una palma en la diestra y en la
izquierda una corona formada de fúlgidas y
rojas estrellas. «Hija mia, (le dijo Flaccila con
acento dulcísimo) Dios, que sabe mejor que
el hombre lo que al hombre conviene, se
niega de continuo á satisfacer vuestros im-

prudentes antojos, porque de satisfacerloslo irremediable se seguiría vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Magestad sino lo mejor y mas justo, bien puedes tener por cierto que la privacion de vista era para tí un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movidlo sin embargo el Señor de mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don en vez de producido males te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma que te presento, victoriosa insignia de los mártires, necesario es, hija mia, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que mas quieras, aquello cuya vista mas abincadamente desees. Di si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio día te será milagrosamente otorgada.»

Con aquella rapidéz con que el alma del hombre, en fé de su celestial origen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que pensar y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un sí, este largo discurso: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y eso bien, limitado en parte, me ha de proporcionar además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no lo admitiera. ¿Qué es lo que yo amo mas en el mundo? Lo primero á mi prometido esposo, luego á mi padre, despues á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol, de que nace el dia, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos ruidos oigo desde mi lecho, veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatísimo de la creacion entera. Admito la condicion, madre: quiero ver, sí. Dicho apenas este monosilabo, con la sorda articulacion de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la celeste vision.

Los goces que provienen del cielo se dis-

tinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: éstos en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan como el dolor mas agudo; las fruiciones que el Altísimo envia á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así Pulqueria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa despertó á la hora ordinaria; tranquila y gozosa se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion de su padre, á quien lo mismo que á los hermanos, quiso para que la sorpresa fuese mayor, ocultar la prodigiosa visita que la noche antes habia recibido. Un solo efecto visible producía el júbilo interior que saboreaba Pulqueria; el de animar su rostro con tan nuevos encantos, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y porte con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun el día que, amando ella ya supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibía de todos, aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina hermosura, nunca mas deslumbradora que entónces, cuando el sol llegó al medio de su carrera. Instantánea y sobrenaturalmente, como si abriese los ojos despues de un sueño apacible y breve, sin que la luz la ofendiera, la hermosa hija de Flaccila y de Teodosio, la mas bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un ¡ay! prolongado se reasumieron la sorpresa y el gozo suyo, la admiracion y la alegría causadas por el hallazgo y posesion de una dicha mayor que se la pudo pintar la esperanza, mas que la habia solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos: tres veces creyó que habia muerto y que revivia. Conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso en fin conocerse á sí misma. Llevóla Teodosio á un espejo de plata tersísimo... miróse en él... y vió en la pulida superficie una

túnica y un manto encima, y sobre ellos vió un collar, y mas arriba un zarcillo á cada lado, y mas arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movian en el espejo según movia el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubria en el espejo ni rastro. Llevóse la princesa la diestra á la frente, y entonces desapareció parte de la diadema como si la taparan con algo, apareció en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano, despues de muy pocos instantes de prueba se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponian, menos la imagen de la princesa, desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo: quiso Pulqueria explicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flaccila; y negóse mal de su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposicion habia de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veian en el espejo, y respondieronle que sí, porque para ellos el espejo representaba la imagen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el objeto que no le habia de ser visible en su vida eran sus gracias, y por consiguiente que lo que ella amaba mas y con mas ahinco apetecia ver en el mundo no era su padre, ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien habia consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algun género de duda la hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en la bruñida lámina, le hubieran hecho comprender que una hermosura célebre adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez y aun sin quererlo de suyo, habia de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo habia oido encarecer mil y mil veces: queria pues, complacerse con su sonrisa, admirar su caída de ojos, percibir el roce y crecimiento de los matices purpúreos con que

teñia el rubor sus mejillas, estudiar el tocado mas propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos y el vestido mas conveniente para que resaltara la morvidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura; queria, en fin, conocerse y gozar de sí: habia creído llegada la hora, y hallaba que para todo tenia vista, menos para verse: no podia ser el chasco mas doloroso, ni mas atroz el martirio. Sollozos y lágrimas de amargura se tornó en seguida el momentáneo alborozo que le causó la inestimable adquisicion de la vista; mas ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo) parecia mas bella que antes, cuando solo respiraba alegría: dijole Favencio que estaba mas hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la série larguísima de padecimientos que veia se le preparaban, hubiera querido entonces que desfigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que nadie hubiera podido echársela en cara.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(Concluid.)

Tenemos hoy la satisfaccion de trasladar á las columnas de nuestro periódico una liuda poesia de la señorita doña Rosa Butler. Aunque ya ha visto la luz pública por vez primera en *La Revista Popular*, el ser la obra de quien es, el mérito que en ella reconocemos, y la circunstancia de estar dirigida á la célebre poetisa la señorita Coronado, nos obligan á insertar esta composicion, en fé de que será leida con agrado.

Una flor de hermana.

A LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA CORONADO.

Si una guirnalda de laurel y oro
Ciñe de gloria y esplendor tu frente

¿Qué otro lauro podrá mas dignamente
Premio ofrecer á tu cantar sonoro?

Ninguno ya; pero de aqueste suelo
Los bardos todos á tu planta, elevan
Cantos de admiracion que alegres llevan
Las leves auras por el ancho cielo.

A mí llegaron; escuché gozosa
El eco que tu gloria repetía:
Dijo mi corazon: *hermana mía,*
Y al punto el alma inspiracion rebosa.

Inspiracion, que como flor sencilla
Que en los valles creó naturaleza,
Perderá su selvática belleza
Si va á tu frente, donde el oro brilla.

Tu corona mi flor no necesita:
Cual de hermana colócala en tu seno,
Y en su cáliz aspira, de ámbar lleno,
La fraterna amistad á que te invita.

Hijas del corazon mis armonías
No flores han de ser para tu frente;
Vayan al corazon, hermosa fuente
Donde nacen las dulces simpatías.

Tú no sabes de mí, pues yo cantaba
Cual ruiseñor oculto en la espesura,
De los vientos temiendo la bravura,
La lumbré del sol que me cegaba.

Ora ya desgajaron una á una
Las ramas de mi árbol tan querido.
Yo, la sombra al perder, lancé un gemido;
Pero así lo decreta la fortuna.

Hoy que canto á la luz por voz primora.
Por darte un parabien, querida *hermana,*
Di á esa luz donde brillas ufana,
Que de mí se lastime, y no me hiera.

Y entónces cantaré con voz sonora
Del orbe á la ancha faz, entusiasmada.—
Y canta tú tambien, que está engañada
Aquesta sociedad engañadora.

Digamos á este siglo indiferente,
Que surca el mar de tempestuosa duda.
Que á nuestro dulce llamamiento acuda,
Verdades á escuchar que el alma siente.

Digamos á este siglo descreído
Que niega la virtud y cree en el oro:
—Está en el corazon nuestro tesoro
A los profanos ojos escondido.

Digamos que hay virtud y amistad santa,
Y amor tan puro en el opaco suelo
Como el que, dulce, en el brillante cielo
A los seres angélicos encanta.

Al siglo de las luces preguntemos:
—¿Es del cielo tu luz? ¿Es del abismo?—
Y si á dudar se atreve de sí mismo
Nosotras de nosotras no dudemos.

Obra de destruccion es la obra suya
Todo lo arrasa al grito de *mentira*....
Pues mas alta y sublime nuestra lira
Verdad, diciendo, con verdad le arguya.

Y aunque siga llamando en su ceguera
Mentira á la virtud, *verdad* al oro,
Otra vez y otras mil oiga sonoro
El canto que la paz brinda hechicera.

Pues en esta mansion tan insegura
De que es el hombre habitador y rey,
Hay Dios, y religion, y patria, y ley,
Hay virtud, hay amor y amistad pura.

Y si negar tantas verdades quiero
El siglo con sus luces engreído,
Es que ciego, falaz y corrompido
La luz apaga que su orgullo hiere.

Hagámosla brillar á nuestro canto,
Que es paz al corazon, y al alma vida;
Y es triste ver la humanidad perdida
Cegada en luces ofuscarse tanto.

En el revuelto mar de tantas olas,
La estrella al ver que en nuestro canto brilla,
Si del siglo el bajel llega á la orilla
Folices las poetisas españolas....

Y digamos al siglo descreído
Que niega la virtud y cree en el oro;
Está en el corazon nuestro tesoro
A los profanos ojos escondido.....

ROSA BUTLER.

Agosto 17 de 1849.

TEATRO PRINCIPAL.

— Precedida de pomposos anuncios se presentó el lunes último en este teatro la muy grande, la muy admirable y muy sorprendente cantante la señora Mugnaini, honra y prez de la Italia, habiendo dejado maravillado al público, no tanto por su voz, cuanto por su método de canto, y mas señaladamente todavía por sus delicadísimos modales. Cantó el rondó final del *Belisario*, como no se ha oído jamás en Cádiz, y desafiarnos á que se nos pruebe lo contrario. Era cosa de ver la manera de expresar el sentimiento; lo hacia con tal propiedad que daba lástima escucharla. El dolor que traspasaba su corazón habia sin duda llegado hasta el estómago, según lo que se doblaba, alargaba ó encogía: un colérico no hubiera expresado mejor el dolor, ni hubieran sido tan repetidas sus contorsiones. Esto es sentir; lo demás es fingir. Si algunos creen que gritaba y no cantaba, dan prueba de no comprender hasta qué punto puede una actriz llegar á poseerse de su papel; ignoran tal vez que debe hacer y decir lo que haría y diría la persona á quien representa. Y preguntamos nosotros, ¿quien se halla atormentada de una pena terrible, está por ventura dispuesta para cantar? ¿cuánto mas natural es que grite con furia para desahogar su pena, y que solo en ello encuentre alivio y consuelo? Otro tanto podemos decir de la caída estrepitosa. A los que digan que la postura en que cayó no era muy delicada, podrá contestar la señora Mugnaini con esta pregunta: ¿quién piensa cuando cae muerto en la posición en que ha de quedar? Además, habia otra razón para que sucediese como sucedió; y era que al cantar apenas se

habian oído sus puntos bajos, y era preciso que lucieran en su caída; y con efecto ellos lucieron, si bien la deslucieron.

En medio de lo que sufrimos aquella noche en ver sufrir y morir á la heroína del *Belisario*, nos cupo siquiera el consuelo de presenciar la resurrección, merced al cuidado que tuvo sin duda de caer en el tablado fuera del telón.

Repuesta del susto que debió y nos hizo pasar, salió á cantar el aria del primer acto del *Atila*, con igual gracia, gusto, delicadeza y maestría que la pieza anterior; habiendo merecido estrepitosos aplausos que la maledicencia atribuyó á ironía, y la cantante á muestras de agrado. Ignoramos quién tendrá razón, ni nos meteremos en averiguarlo. Si es una ilusión, ¿porqué se la hemos de quitar? Viva cada cual con la suya; que tambien tenemos nosotros las nuestras.

Infortunio.

Hemos leído dias atrás en los diarios de la plaza un anuncio digno de ser estudiado y gravado en bronce para que pueda pasar intacto á la posteridad. Es del tenor siguiente:

— «*Casa de baños, calle del Marzal.*—Habiéndose reparado el infortunio inesperado en dicho establecimiento, se pone en uso de los concurrentes desde hoy 27 del corriente, con el esmero acostumbrado en favor del público.»

Por estas breves y significativas palabras vendrán en conocimiento nuestros lectores de los adelantos que debemos á la época dichosa que alcanzamos. Los infortunios se reparan, como podia hacerse con una pared re-

sentida ó desconchada. De hoy mas no habrá en el mundo desgraciados. Lo malo es que el dueño del establecimiento ha puesto el infortunio en uso de los concurrentes desde el 27 del corriente; y eso ha de perjudicarlo y no poco; pues se nos figura que por muy harto que esté cualquiera de la felicidad, caso que ella pueda hartar, no ha de tener la rara ocurrencia de ir en busca del infortunio. Verdad es que el anunciador tiene buen cuidado de advertir de que se pondrá en uso el *reparado infortunio* con el esmero acostumbrado; mas apesar de todo no logrará hacerlo muy llevadero, á menos que no acuda á tiempo al antes mencionado reparo. Pero preguntamos nosotros al señor dueño del establecimiento. ¿Si ha reparado el infortunio á costa de penas y trabajos, para qué pretende ponerlo en uso de los concurrentes? ¿Será tal vez para que todos participen de él? Grande es este rasgo de generosidad; pero esté seguro que no hallará una sola persona que sepa apreciarlo. Ingratos y solo ingratos es lo que encontrará en este mundo.

Gran baile

EN EL

PUERTO DE SANTA-MARÍA.

(25 de agosto.)

Despues de las minuciosas descripciones, hechas por nuestros apreciables colegas *El Comercio* y *El Nacional*, ¿qué podremos decir del baile celebrado en el Puerto de Santa-María con el fin de festejar á S. A. la seño-

ra infanta doña Maria Luisa Fernanda, que tenga alguna novedad para nuestros lectores? Solamente nos queda el placer de juntar á las bien merecidas alabanzas, dadas por los demas periódicos, nuestro humilde parabien al señor don Fernando Lora, alcalde corregidor, al señor general don Juan Van-Halen, al señor marqués de Villarreal de Purullena, y á los señores don José Antonio O'neale, don Carlos Carrera y don Juan Aldaz, personas que componian la comision directora del baile, y á los señores don Diego Carrera, don José Alvareda, don Antonio Arron de Ayala, don Martin Recarte y don Fernando Yelo que sin ser de ella, contribuyeron con sus esfuerzos á la mayor brillantéz de esta fiesta, notable por tantas causas y digna de conservarse en los fastos del Puerto de Santa-María como una prueba de la cultura, buen gusto, elegancia y delicadeza de sus habitantes.

No tratamos de describir paso por paso todos los incidentes de esta inolvidable fiesta. Para ello seria menester una fria observacion; y la observacion huye del alma cuando los sentimientos agradables ocupan el lugar del raciocinio. No era la admiracion, no la suntuosidad quienes producian en nuestro pecho gratisimas impresiones, sino aquel conjunto de elegante sencilléz, aquel hermoso todo que arrebatava nuestros pensamientos y los llevaba á otra region superior llena de encantos y de vida. ¿Quién analiza, cuando siente el poder de la hermosura? ¿Quién detiene el vuelo á su fantasía, cuando encuentra realizados unos de aquellos sueños de *las Mil y una noches*, viéndose en un bellísimo-salon donde el resplandor de millares de luces, donde el lujo de los adornos, donde el buen gusto, donde la elegancia y donde todas las cosas que mas pueden producir sensaciones en el alma, han cobrado mayor realce ante los ojos de los que los contemplan con asombro y satisfaccion desde que la hermosura de la muger ha venido á acrecentarles el encanto que antes tenian, agradable cuando aun no habia recibido otra vida, arrebatador cuando la beldad se hizo su señora, triste ya cuando la ausencia de ella lo dejó como queda el prado despues que el sol se esconde en los mares?

Quisiéramos hoy honrar las columnas de la *Tertulia* con los nombres de las seño-

ras y señoritas de Cádiz que asistieron á esta fiesta. Pero el omitir cualquiera de ellos, por descuido involuntario, sería ofender á la olvidada, y una afrenta de la galantería que deben tener cuantos se precien de españoles, y cuantos amen la verdad. De las perlas gaditanas separadas de la corona de la belleza que ciñe la reina del mar, llamadas á lucir entre las joyas de gran valía que atesora el Puerto, Sanlúcar de Barrameda y Jerez, y puestas en competencia con todas para no hallar ventaja ninguna sino perfecta igualdad, ¿quién no sentiría olvidar tal vez á la mejor, en el caso de que semejante olvido pudiera acontecer fácilmente? Pero en casos de dudas, mas vale no aventurarse á los peligros de una falta irreparable ante el tribunal de la justicia y la galantería, que en brazos de una ciega confianza rendirse á la indiscrecion, y agraviar á una hermosa.

Pero, ya que estamos resueltos á no citar nombres propios de las señoras y señoritas gaditanas que con su belleza contribuyeron á dar vida al baile, séanos lícito á lo menos hacer una escepcion en favor de una jóven, que por las circunstancias de forastera en nuestra provincia y de su talento célebre en España, merece especial memoria en la crónica de esta fiesta tan notable. Hablamos de la linda é inspirada poetisa doña Carolina Coronado, preciosa flor de las riberas del Guadiana, y á quien tan justa fama han dado sus versos. No solo llamó la atencion en el baile por su nombre, sino tambien por su elegancia.

Concluimos el presente artículo repitiendo nuestro parabien á los señores de la comision por el acierto con que han dirigido este festejo; del cual dijimos en uno de nuestros números anteriores que iba á presidir el buen gusto y la hermosura; y ciertamente no hemos quedado ante el público por falsos profetas.

A. DE C.

CONCIERTO INSTRUMENTAL.

El miércoles último tuvo lugar en el edificio llamado Casino, de la calle de la Verónica, un brillante concierto dado por los distinguidos artistas los señores Malavasi y Lutgen; admirable el primero en la flauta y sorprendente el otro en el violoncello. Acompañólos en el piano un jóven llamado Graus, gran profesor con el nombre de aficionado. Tomaron gran parte en el concierto, y contribuyeron á su buen éxito, los individuos de la Sociedad filarmónica gaditana, que se prestaron gustosos á acompañar á los mencionados artistas. El señor Malavasi tocó con gran gusto las variaciones sobre *Los dos Foscari*, y las fantasías sobre motivos de la *Norma*, si bien es de advertir que se hallaba aquella noche bastante indispuerto y fatigado, lo cual fué causa de que en algunos pasages de gran ejecucion no saliesen las notas altas tan limpias como cuando tocó en el Teatro Principal el célebre flautista. Del señor Lutgen, ¿qué mas puedo decirse sino que los mejores profesores se maravillan al ver el partido que sabe sacar de un instrumento tan difícil y que tan poco se presta á la ejecucion?

Agradaron sobremanera los caprichos que tocó sobre el *Jaleo de Jerez*, no sabiendo qué admirar mas en tan distinguido profesor, si la egecucion y el gusto, ó si la afinacion y la particular delicadeza en el modo de vibrar las cuerdas de tan dulce instrumento. Ambos artistas fueron justamente aplaudidos, así como la orquesta y el apreciable jóven don Ventura Lamadrid, que á ello lo hicieron merecedor las preciosas tandas de walses, que tuvo la bondad de componer para mayor lucimiento de la funcion.

(CÁDIZ: 1849.)

IMPRENTA DE D. FRANCISCO PANTOJA, calle de la Aduana, número 20.